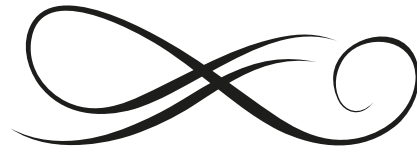


MIMI MATTHEWS

Una NA DAMA
DE INVIERNO

Libros de
seda

En recuerdo de Ash
(2006-2019)



CAPÍTULO 1

North Devon, Inglaterra

Diciembre de 1860

Neville Cross cerró la puerta del cubículo y echó el pestillo, no sin antes darle una última palmadita en el cuello lustrado a la yegua alazana de lady Helena. El ambiente en el establo de la abadía de Greyfriar era tibio y acogedor, mucho más agradable que el frío cortante de fuera. Había dejado de llover, pero el cielo seguía oscuro, lleno de nubes tormentosas, y el aire continuaba impregnado del aroma húmedo a tierra mojada y océano revuelto.

En la distancia repiquetearon las ruedas de un carruaje, un sonido apenas perceptible pero familiar. Como la propia abadía, el establo de piedra se encontraba en lo alto de los acantilados, cerca del pequeño pueblo costero de Kings Abbot. La carretera que conducía hasta allí era insegura en el mejor de los casos. Cuando llovía se tornaba, sin duda, peligrosa.

No obstante, en las últimas semanas aquel carruaje había hecho el viaje de ida y vuelta entre la abadía y el pueblo varias veces, con cierta regularidad. El cochero transportaba invitados y provisiones para las celebraciones navideñas, que durarían un mes. Neville estaba

tan acostumbrado al tamborileo de las ruedas y al sonido de los cascos de los caballos como al percutir de la lluvia intensa.

El carruaje nunca se acercaba al establo antes de haber dejado su carga, se limitaba a continuar su camino hasta la abadía. Hasta ese día, en que no pasó de largo como acostumbraba a hacer, sino que redujo la velocidad hasta detenerse. La puerta se abrió y a continuación se oyó un hervidero de voces, incomprensibles al mezclarse con el silbido del viento. Entonces, la puerta se cerró y el vehículo volvió a ponerse en marcha.

—¡Buenos días! —saludó una voz suave y femenina—. ¿Hay alguien ahí?

Neville se quedó petrificado. Todos sus instintos lo llamaban a batirse en retirada, a ocultarse en la sala del pienso o en los aposentos privados que tenía en la planta superior. Era un impulso cobarde con el que batallaba de continuo, pues no tenía motivos fundados para evitar a la gente. Siempre y cuando hablara lo mínimo posible, se las apañaba bastante bien. Pero el diablo era testigo de lo incómodo que le resultaba, sobre todo cuando había alguna dama implicada.

Se limpió las manos en un paño, se sacudió la camisa blanca de lino y los pantalones oscuros para eliminar los restos de paja y de pelo de caballo, y salió despacio al pasillo.

Había una joven en la puerta. Una capa de lana sin forma le cubría la figura, pequeña, y una capucha le ocultaba el rostro. Cuando Neville se acercó, se la quitó con una mano enguantada.

El hombre se detuvo y de pronto notó la boca seca.

—Estoy buscando al señor Cross. —La recién llegada tenía unos ojos grandes y luminosos, del color del chocolate, que brillaban de un modo peculiar—. Neville Cross.

En un día bueno, Neville podía traducir las palabras que se le formaban en la mente para elaborar frases cortas de escasa dificultad. Con el paso de los años, había aprendido a no embarullar las cosas, a decir lo que pretendía con la mínima complejidad posible,

aunque aquello implicara, en ocasiones, sonar como un niño pequeño. Pero aquel no era uno de esos días. No podía serlo cuando la joven que se encontraba frente a él tenía un rostro que hacía que se le acelerara el corazón.

Era un óvalo perfecto con una nariz modelada con exquisitez, una boca que parecía un capullo de rosa de Damasco y unos ojos grandes enmarcados por cejas gruesas, varios tonos más oscuras que el rubio de los cabellos, que se arqueaban con elegancia.

Los pensamientos del hombre, de ordinario organizados, procedieron a enmarañarse en un nudo gordiano. Con la cabeza en tal estado, las palabras no le salían.

—¿Es usted el señor Cross? —Dio un paso adelante; un toque de rosa pálido le teñía la pronunciada curva de las mejillas—. La señora Archer me indicó que hablase con usted sobre *Bertie*.

Neville la observó, muy consciente de que su aspecto debía de revelar la perplejidad que sentía.

—¡Oh, discúlpeme! Tendría que haber empezado por explicar eso. Este es *Bertie*. —Se abrió la parte delantera de la capa y se la echó sobre los hombros para dejar a la vista un perro carlino negro. Un perro carlino bastante viejo, por lo que podía observarse. La criaturita estaba acurrucada sobre el brazo izquierdo de la joven y tenía el morro y el cuerpo muy moteados de gris.

Neville tragó saliva con fuerza. Cuando las palabras emergieron, se encontraban muchos pasos por detrás del funcionamiento de su cerebro.

—Soy Neville.

Podría haber gruñido en voz alta por la frustración. Aquello no era lo que había pretendido decir. No en aquel momento.

Pero la joven no pareció inmutarse por su falta de elocuencia. Alargó el brazo a modo de saludo.

—Soy Clara Hartwright, dama de compañía de la señora Bainbridge.

El hombre dudó un instante antes de estrecharle la mano, consciente en todo momento de la diferencia de tamaño con la suya propia. Todo en la joven era pequeño. Por el amor de Dios, si la cabeza apenas le llegaba al pecho. A su lado, se sintió un auténtico Goliat, un gigante torpe que podría aplastarla con la misma facilidad con la que respiraba.

—Señora Hartwright.

—Señorita Hartwright —lo corrigió—. La señora Archer me indicó que me dirigiese a usted para que le encuentre un lugar a *Bertie* en el establo. Necesita estar en un sitio caldeado, ¿sabe? Y aún no he recibido permiso para tenerlo en la casa.

Neville estiró el brazo para acariciarle la cabeza al diminuto perro. *Bertie* le devolvió la mirada, parpadeando con ojos llorosos. El hombre sonrió. Era tímido con las personas, pero entendía a los animales. Siempre se le habían dado bien, mucho antes del accidente en el acantilado que sufrió en su infancia y que le dejó aquella lesión cerebral que seguía afectándole al habla. Por eso prefería trabajar en los establos. Estar rodeado de perros y caballos lo tranquilizaba, lo ayudaba a calmar la mente. También hacía que le resultara más fácil hablar.

—¿Pertenece a la señora Bainbridge?

La señorita Hartwright se sonrojó aún más.

—Eh... No. Pertenece a la dama para la que trabajaba antes. Murió el mes pasado y su familia no le tiene demasiado cariño al pobre *Bertie*. Iban a sacrificarlo. No podía dejarlo atrás. Y tampoco puedo permitir que muera aquí.

—El lugar está bastante templado.

—Sí, es mucho mejor que estar al aire libre, pero *Bertie* se ha acostumbrado a vivir dentro de una casa. Ha pasado gran parte de su vida en un cojín de terciopelo frente a la chimenea y me temo que...

—¿Puedo? —Neville se acercó para agarrar al perro.

—Por supuesto. —La señorita Hartwright ayudó a traspasarle el animal a los brazos—. Es muy dulce y amable. No está nada malcriado. No es como otros carlinos. No le causará ningún problema.

Neville le rascó la barbilla a *Bertie*. El animal no pareció percatarse. No solo era viejo, se trataba de un auténtico anciano que vivía satisfecho con tan solo mirar a la lejanía y jadear. El hombre se preguntó si estaría en uso de todas sus facultades.

La señorita Hartwright se acercó un poco más, lo suficiente como para que él notara el aroma suave a azahar que le impregnaba el cabello y la capa.

—Tengo entendido que la residencia ya cuenta con dos perros. Mastines, según me dijo la señora Archer.

—Sí.

—¿Son afables? —Alzó la vista para mirarlo—. Porque *Bertie* no tiene modo de defenderse. Si un perro más grande le...

—No dejaré que le hagan daño.

—Sí, pero...

—Aquí estará seguro. Se lo prometo.

Por una vez, aquellas palabras le salieron fuertes y decididas. De alguna manera, parecían importantes.

—Oh. —A la joven le temblaron los labios—. Oh, muchas gracias. Estaba muy preocupada.

Neville sintió una opresión en el pecho. ¿Eran lágrimas aquello que le brillaba en los ojos? La sola idea hizo que notara una sacudida de inquietud por todo el cuerpo.

—Me estoy comportando de una manera ridícula, lo sé —admitió la joven—. Pero ¿podría ver dónde va a dejarlo? Me quedaría más tranquila.

El hombre se giró hacia la sala del pienso. Llevaba el cuerpecito de *Bertie*, un peso firme y tibio, entre los brazos.

—Por aquí.

La joven lo siguió. Los amplios faldones del vestido rozaban contra el suelo cubierto de paja. El mozo de cuadra no había barrido aquella mañana. Estaba ocupado en la casa, con el resto del personal.

Neville también tendría que estar allí. Lady Helena se lo había pedido de forma expresa. Y él había tenido intención de ir. Pero era difícil. Más que difícil.

Las celebraciones navideñas iban a durar todo un mes. Sus tres amigos de la infancia estarían en la residencia, junto con sus respectivas esposas. La familia de una de esas esposas, de Laura Archer, también iba a unirse a ellos: un hermano inválido y una tía viuda, la señora Bainbridge. Y, al parecer, también la dama de compañía de la señora Bainbridge.

Neville dirigió una mirada de soslayo a la señorita Hartwright. Nadie lo había advertido de que habría una joven soltera en la residencia durante todo el mes. Y, desde luego, tampoco le habían mencionado nada sobre su belleza. Ni sobre su perro.

La señorita Hartwright echó un vistazo a la sala del pienso.

—¿Dónde va a colocarlo?

—Aquí.

Llevó a *Bertie* hasta un montón de sacos de pienso vacíos que había en un rincón. No se parecían nada a un cojín de terciopelo, pero, cuando Neville dejó encima al carlino, el animalito pareció quedar satisfecho. Dio media vuelta, renqueante, antes de desplomarse con un gruñido.

—¿Lo ve? Le gusta este sitio.

—¿Usted cree? —La señorita Hartwright parecía esperanzada. Se agachó junto a los sacos de pienso y las faldas y la capa que vestía se arremolinaron a su alrededor—. Aquí estarás bien, *Bertie*. —Le acarició el lomo con la mano y redujo la voz a un susurro—. No te estoy abandonando. Volveré en cuanto pueda.

Neville se llevó las manos a la espalda, sin tener muy claro qué hacer o qué decir.

—¿Le importaría ponerle un plato con agua? —preguntó la joven—. Y voy a intentar pedirle algo de carne a la cocinera, pero si...

—Le daré carne.

La señorita Hartwright lo miró con ojos brillantes.

—¿De verdad?

Él asintió.

El rostro de la joven se iluminó, lleno de gratitud.

—Gracias, señor Cross. Es usted muy amable. —Se levantó y se sacudió los faldones—. Ahora debo ir a la abadía.

Neville se contuvo para no volver a asentir. Era más fácil que hablar, aunque también le hacía parecer un bobalicón que no sabía hacer otra cosa, o eso temía. Sin embargo, mientras se esforzaba en pensar qué decirle, se creó un silencio entre ambos, tenso y cada vez más evidente, hasta el punto de que se sonrojó. Las palabras se negaban a aparecer. Al menos, las que él buscaba.

Fuera, un trueno rasgó el aire. La lluvia regresó y poco a poco empezó a tamborilear contra el tejado.

La señorita Hartwright repitió, al tiempo que se abrochaba la capa:

—Debo marcharme. La señora Bainbridge ya me estará esperando. —Volvió a colocarse la capucha sobre el cabello—. Aunque espero regresar pronto si todo va bien.

Neville la siguió hasta la puerta del establo. Ella le dedicó una mirada antes de salir hacia la lluvia.

—Adiós —se despidió—. Y gracias de nuevo.

Él no respondió. Le resultaba demasiado complicado. No estaba lo bastante calmado ni lúcido. Y había sido culpa de la joven aunque ella no lo hubiera pretendido. Lo había puesto nervioso. Lo había sacudido hasta los cimientos. No pudo hacer otra cosa que observarla marcharse en medio del barro y la lluvia: una pequeña figura encauchada sobre los acantilados.

Clara Hartwright.

La señorita Clara Hartwright.

Suspiró mientras volvía al trabajo. Iban a ser unas Navidades muy largas.



Clara recorrió el sinuoso camino con dificultad, con la cabeza medio agachada contra el viento y la lluvia intensa. En lo alto del acantilado se alzaba la casa..., si aquello podía llamarse «casa».

Desde fuera, la abadía de Greyfriar parecía un lugar medieval. Estaba construida en piedra gris desgastada y lucía una pronunciada pendiente en el tejado, arcos ojivales y una torre gótica. La rodeaban, bien audibles, el silbido del viento y el rugido del mar. Tenía un aspecto siniestro. No se parecía en nada al hogar elegante que había imaginado.

Subió los escalones y alzó la mano enguantada para llamar a la pesada puerta de madera. Un escalofrío le recorrió el cuerpo e hizo que dudara antes de utilizar la aldaba de hierro.

No había visto nunca a los propietarios de la abadía. Y su empleadora, la señora Bainbridge, también era aún una extraña; Clara no la había conocido hasta el mes anterior. En cuanto a los parientes de la señora Bainbridge, su sobrina, su sobrino inválido y el marido de su sobrina..., bueno, parecían amables. Aunque ¿cuánto podías llegar a conocer a una persona durante un solo viaje en tren y el trayecto en un carruaje abarrotado?

Debía mantenerse en guardia, sin importar lo agradables que pudieran ser la señora Bainbridge y sus parientes. Eso aplicaba por partida doble a los residentes de aquella casa, incluso a aquel mozo de cuadra rubio que parecía sacado de una leyenda artúrica. Sí, incluso a él. Sobre todo con él. No volvería a perder otro empleo a causa de un hombre atractivo.

Se enderezó y alzó la mano una vez más para llamar. No obstante, antes de que pudiera siquiera agarrar la aldaba, la puerta se abrió de golpe y tras ella apareció un anciano mayordomo vestido con una librea impecable. La observó con ojos coronados por un par de cejas blancas muy pobladas.

—¿La señorita Hartwright?

El calor de dentro de la casa se escapó y la envolvió en un abrazo tibio. De manera inconsciente, dio un paso hacia delante.

—Soy la señorita Hartwright.

—Por supuesto, señorita. La señora Bainbridge la espera. —El hombre se apartó para dejarla pasar—. Bienvenida a la abadía de Greyfriar.

Se adentró en un recibidor espacioso. Por dentro, la abadía parecía tan lujosa como gris e inhóspito era su aspecto por fuera. La luz del día se filtraba por las ventanas altas con marcos de piedra e iluminaba las paredes, tapizadas en seda de tonos claros, y el suelo, cubierto por una sofisticada alfombra de Aubusson tejida en dorado y escarlata.

No había nadie esperando para darle una bienvenida formal, ni tampoco había signos de la señora Bainbridge ni de ningún otro de sus compañeros de viaje.

—Permítame que me encargue de la ropa que se le ha mojado —se ofreció el mayordomo.

Clara se despojó de la capa y los guantes, agradecida de poder quitárselos. El vestido de lana que llevaba debajo no era nada del otro mundo, pero al menos estaba limpio y seco. Mientras se atusaba el cabello y los faldones, apareció otra sirvienta, una mujer mayor con un vestido negro liso y cofia almidonada. El ama de llaves, supuso.

—¿La señorita Hartwright? Imagino que deseará acicalarse antes del té. Permítame que le enseñe su habitación.

Clara la siguió por unas escaleras de roble. Los escalones desembocaban en un rellano y después se dividían en dos ramales que conducían a alas opuestas de las plantas superiores.

—Le he preparado una habitación junto a la de la señora Bainbridge. —El ama de llaves se detuvo frente a una puerta con paneles de madera situada al final de un pasillo estrecho y la abrió para que entrase—. Quiere que vaya a buscarla en cuanto se haya arreglado el cabello y el vestido.

—Sí, por supuesto.

Clara entró en el dormitorio. Las paredes estaban tapizadas de modo tan exquisito como las del recibidor y el suelo lo cubría una

alfombra igual de sofisticada, que resultaba también acogedora. En el centro había una cama con dosel con cortinas de color verde oscuro. A la izquierda, un armario situado entre dos ventanas con cortinas de terciopelo. A la derecha, un lavamanos de madera con un cuenco y un jarro de porcelana.

—Hay agua caliente para que pueda lavarse y Robert le ha traído su equipaje del carruaje.

Se acercó a los pies de la cama, donde su maleta y su bolsa de viaje se encontraban apiladas con mimo sobre un banco acolchado.

—¿Cuándo se servirá el té?

—Dentro de un cuarto de hora. —El ama de llaves hizo una pausa. Tosió con delicadeza y tornó la expresión del rostro a otra de una indiferencia estudiada—. Ayer llegó un paquete para usted. Se lo he dejado sobre el tocador.

La joven desvió la mirada hacia la delicada mesa de nogal que había en la esquina de la habitación. Sobre ella, medio apoyado contra el espejo, aguardaba un sobre grande y abultado.

Se le aceleró el pulso.

—¿Necesita algo más, señorita? —preguntó el ama de llaves.

Clara se obligó a no disculparse. Al fin y al cabo, no tenía nada de irregular dar la dirección de su anfitrión. No cuando iba a quedarse allí durante más de una quincena.

—No, gracias.

El ama de llaves se retiró y la dejó sola con sus pensamientos... y con el paquete.

Corrió hasta el tocador y agarró el sobre. Sintió un peso firme y familiar entre las manos. Apenas podía resistir la tentación de abrirlo para comprobar si esa vez Simon había hecho lo que le había prometido.

Pero no tenía tiempo. En ese momento no. No cuando la señora Bainbridge la estaba esperando y el té se serviría solo un cuarto de hora después. Ya estaba en la cuerda floja con su empleadora.

Las damas de compañía tenían que estar siempre cerca y ser invisibles, casi como un gentil fantasma que imitase, mudo, los pasos de sus benefactores corpóreos. Silenciosa y servicial, esa era la consigna de una dama de compañía. Las palabras, si se pronunciaban, debían reducirse a un murmullo mínimo: «Sí, señora», «no, señora», «yo le traigo el chal, señora».

Eso era algo que tenía claro. Sus anteriores patronos también lo sabían. Habían estado encantados de hacer como si ella no existiera. Durante los últimos cuatro años, la habían pisoteado, apartado de un empujón y llamado por un nombre equivocado con regularidad.

Pero aquel día no había sido así. Aquel día había llegado a la estación de Londres para encontrarse con su nueva empleadora llevando un carlino en brazos sin haber perdido permiso, una señal de independencia —no, de insubordinación— impensable para alguien en su posición. Ese simple acto la había situado bajo una luz deslumbrante y había atraído hacia ella una atención impropia e indeseada.

Aunque no podía culpar solo a *Bertie*. La verdad era que tenía unas inclinaciones de lo más inadecuadas para su profesión. Era demasiado sincera, ese era el problema. Se trataba de un defecto colosal. Las damas de compañía estaban para escuchar, no para hablar. Y, desde luego, no se les permitía dar voz a sus opiniones.

Pero los empleos remunerados no crecían en los árboles. No para una mujer de su clase. No le quedaba otra opción que adaptarse a las circunstancias y contrariar sus preferencias. En pocas palabras, esforzarse por volverse invisible.

El paquete tendría que esperar.

Lo acercó hasta la maleta. El cierre de cuero estaba equipado con un único candado, cuya llave colgaba de una cadena de plata larga y fina que llevaba al cuello. Se la sacó del corpiño. Abrirlo requería cierta maña, pero, tras mover un poco la llave, consiguió girarla con

un chasquido. La maleta se abrió y metió dentro el paquete, que quedó sobre un montón de sobres casi idénticos, cada uno de ellos abultado a más no poder.

Cerró con llave la maleta.

«Pronto».

Pronto se alejaría de la señora Bainbridge. Dejaría de ser silenciosa y servil, de ser un fantasma. Pronto se despojaría de aquel atuendo de dama de compañía.

Y entonces su vida comenzaría por fin.



CAPÍTULO 2

Clara estaba sentada, inmóvil como una estatua, sobre uno de los asientos tapizados en seda de la sala de estar; sujetaba sobre el regazo una taza de té y un platito. Desde luego, su presencia no resultaba nada imponente —medía tan solo un metro y sesenta centímetros, sin contar los zapatos—, pero se esforzó en parecer aún más diminuta. Ese día ya había llamado bastante la atención, no podía permitirse ponerse en evidencia de nuevo.

Era mejor quedarse quieta y callada; beberse el té y disfrutar del calor abrasador del fuego del hogar, que crepitaba y chisporroteaba, alejando el frío que se había apoderado de ella desde que se había bajado del tren en la estación de Abbot's Holcombe.

El sobrino de la señora Bainbridge, el señor Edward Hayes, parecía hallarse en la misma situación. Estaba sentado en su silla de ruedas a su derecha, con una manta de tartán cubriéndole las piernas. Aún era un muchacho en realidad; no debía de tener más de veinte años, según sus estimaciones. Durante el viaje desde Londres, había recibido la ayuda de un criado, un hombre fornido que había estado más ocupado cargando con los útiles artísticos del señor Hayes que con el propio señor Hayes.

En cuanto a la señora Bainbridge, estaba demasiado enfadada con Clara como para pedirle nada.

—No mencionó nada sobre un perro, señorita Hartwright —le había dicho en tono cortante—. Si hubiera sabido...

Clara sujetó a *Bertie* con más fuerza aún.

La verdad era que desearía estar sujetándolo aún, tanto para su propio consuelo como para el del animal.

La abadía de Greyfriar era un lugar inquietante aunque por dentro resultase agradable. Fuera, el cielo era demasiado gris, el mar demasiado tormentoso. Era fácil sentir que se estaba en el ojo de la tormenta.

—En Devon llueve bastante. —Su anfitrión, el señor Justin Thornhill, se encontraba de pie junto a la silla de su esposa; era un caballero alto e imponente, de cabello negro como el carbón y con una serie bastante intimidante de cicatrices producidas por quemaduras en la parte inferior derecha del rostro—. Uno acaba acostumbrándose con el tiempo.

—¿De veras? —La señora Bainbridge dio un sorbo a su té. Era una dama de una presencia magnífica, llevaba un vestido de crepé negro liso y tenía un aspecto tan regio como la propia reina Victoria—. Debo decir que es un alivio después del verano que hemos pasado en Surrey. Apenas podíamos movernos del calor. Me sentó muy mal.

—Dicen que en el sur de Francia hace bastante menos frío. —Lady Helena le rellenó la taza con una delicada tetera de porcelana pintada. Un murmullo de vapor se elevó en el aire—. Tengo entendido que se mudarán allí el próximo año para vivir con el señor y la señora Archer.

—Aún no hay nada decidido —respondió la señora Bainbridge—. Mi sobrino desea ir, por supuesto, pero una mujer de mi edad no puede precipitarse tanto. Todavía hay muchas cosas que aclarar antes de que me resigne a abandonar Inglaterra.

Clara rezó en silencio por que la señora Bainbridge se decidiera a quedarse a ese lado del Canal. Así evitaría tener que buscar otro

empleo. No podía marcharse a Francia, no en ese momento. Y no tenía ningún deseo de volver a embarcarse en la búsqueda de anuncios para después tener que someterse a entrevistas invasivas.

—En cualquier caso, todo suena muy emocionante. —Lady Helena devolvió la tetera a la bandeja del té. Iba vestida con una camisa y una falda de cachemira sueltas, y sus facciones un poco redondeadas mostraban un brillo sutil. Clara supuso que aquello era resultado del embarazo. Su estado no le restaba ni un ápice de belleza, aunque tal vez sí era lo que impulsaba al señor Thornhill a mantenerse junto a su esposa en actitud protectora.

Sintió una punzada de envidia hacia aquellas mujeres, lo bastante afortunadas como para tener una vida y un hogar propios. Quizá por eso había sido tan testaruda con respecto a *Bertie*. Estar solo en el mundo era algo espantoso: que te rechazaran y abandonaran, sin pertenecer nunca a ningún lugar. ¿Qué podía hacer un perro tan anciano si nadie lo quería? Mejor dicho, ¿qué podía hacer una mujer?

—¿Cuándo tenéis pensado marcharos a Grasse? —preguntó el señor Thornhill.

—A principios de marzo como muy tarde —respondió el señor Archer desde el sofá.

Era un caballero de atractivo pícaro. Y estaba recién casado. Su esposa, Laura, era la sobrina de la señora Bainbridge. Se hallaba sentada al lado de su marido, tan cerca que los voluminosos faldones de su vestido se arremolinaban sobre las botas del hombre. Era una mujer encantadora, aunque no del mismo modo suave y aristocrático que lady Helena. La belleza de Laura Archer residía más bien en la confianza que transmitía, en la inteligencia de su mirada azul grisáceo y en la compasión de su sonrisa.

Parecía una mujer razonable que sentía un cariño auténtico hacia su familia. También resultaba obvio que estaba enamorada del que desde hacía poco era su esposo, tanto como él lo estaba de ella. Se notaba en la manera en que se miraban, la manera en que se tocaban.

—Hemos encontrado una casa cerca de nuestra perfumería. —El señor Archer tomó la mano de su esposa—. Un lugar magnífico en lo alto de una colina, por las ventanas se ven los campos de lavanda.

La señora Archer sonrió.

—Esperamos mudarnos allí antes de la primera cosecha.

—Debéis de estar deseándolo —respondió lady Helena—. Y usted también, señor Hayes. Imagino que, a un artista, la Costa Azul le ofrece gran cantidad de escenas interesantes.

—Eso espero —replicó el joven. Al igual que su hermana, tenía el pelo oscuro y los ojos azules. Pero la expresión del señor Hayes estaba imbuida de un humor sarcástico del que el gesto de la señora Archer carecía; de una dureza que, sospechaba Clara, podía resultar tan cortante como entretenida—. La nueva casa está a solo diez millas del mar.

—¿Le gusta pintar paisajes costeros? —preguntó el señor Thornhill.

—En los últimos tiempos, sí.

El señor Archer sonrió.

—Le he desafiado a intentarlo con la costa de Devon.

—Y pretendo aceptar el reto —afirmó el señor Hayes— si la lluvia se detiene alguna vez.

La señora Archer miró a Clara.

—Lo que me recuerda, señorita Hartwright, que debo pedirle disculpas.

La joven apoyó la taza en el regazo.

—¿Perdone?

—Esperaba que el señor Cross la acompañase en el camino de vuelta desde el establo. No era mi intención que tuviese que subir sola hasta aquí. Desde luego, no con este tiempo.

—No ha sido nada —replicó Clara. Para ser sincera, estaba tan acostumbrada a que no le hiciesen ningún caso que ni siquiera se le había ocurrido que el señor Cross podría haberla escoltado hasta la casa. Y estaba bastante segura de que a él tampoco se le había ocurrido.

Antes de que se adentrara en la lluvia, el hombre le había dedicado una mirada plagada de impaciencia y frustración apenas veladas. Era evidente que estaba deseando que se marchara.

—Neville prefiere pasar el tiempo con los animales —explicó el señor Thornhill—. Se quedaría en los establos todas las Navidades si se lo permitiéramos.

Lady Helena dio un sorbo suave a su té.

—Así es. Justo por eso hemos de mantenerle ocupado dentro de la casa.

La señora Bainbridge desvió la mirada hacia Clara.

—Espero que cuidar de su perro no le suponga un exceso de trabajo.

Otros cinco pares de ojos se fijaron de inmediato en ella. Se le acaloraron las mejillas. Si se hubiera abierto un agujero en mitad de la sala, habría saltado dentro encantada.

—¿Ha traído un perro? —preguntó lady Helena.

—Sí. —Clara se humedeció los labios—. Uno muy pequeño.

El señor Thornhill le dirigió una mirada interesada.

—¿Qué tipo de perro?

—Un carlino viejo —replicó el señor Archer con una carcajada—. El más anciano que haya visto nunca.

—Demasiado viejo como para causar ningún problema —añadió el señor Hayes.

—Sin duda. —La señora Archer se dirigió a lady Helena—. Pero no queríamos abusar de tu hospitalidad. La señorita Hartwright lo ha dejado en el establo por el momento.

Lady Helena sonrió.

—Tráigalo a la casa, señorita Hartwright. Puede quedarse en su habitación, si lo desea, o en las cocinas.

Clara no pudo ocultar su alivio.

—Muchas gracias.

—No se merecen. Estaremos todos muy ocupados hasta la Noche de Reyes. No querrá tener que estar bajando una y otra vez a los establos.

El señor Thornhill apoyó la mano sobre el hombro de su mujer.

—Mi esposa pretende mantenernos muy entretenidos todo el mes.

—¿Tiene muchas celebraciones planeadas? —se interesó la señora Bainbridge.

—Oh, sí. —A lady Helena se le iluminó el rostro—. Talaremos un árbol, doraremos nueces y bellotas, y colgaremos acebo y muérdago. Los hombres han prometido buscarnos un tronco de Navidad y la cocinera nos preparará un gran banquete navideño. Estoy decidida a que estas sean las Navidades más felices de la historia.

El señor Thornhill miró a su mujer. Sus facciones, duras, se suavizaron.

—Y lo serán.

Lady Helena cubrió la mano de su marido con la suya y le dio un apretón discreto.

—Tendré que delegar muchas de mis tareas, por supuesto, pero con un poco de ayuda...

—Cuenta conmigo —se ofreció la señora Archer—. Estoy por completo a tu servicio.

La señora Bainbridge dejó la taza de té sobre la mesa de mármol que había junto a su asiento.

—Si necesita otro par de manos, no dude en contar con la señorita Hartwright.

—Tía Charlotte —protestó la señora Archer en voz baja.

—No voy a necesitar a una dama de compañía conmigo a cada instante —continuó la señora Bainbridge—. La señorita Hartwright tendrá mucho tiempo libre. No veo por qué no habría de ayudar si puede hacerlo. Y también participar en las celebraciones. Los jóvenes tienen que divertirse.

La mirada de lady Helena se posó sobre el rostro de Clara.

La joven ya tenía planes para su tiempo libre. Una pila de ellos la esperaba en su maleta. Lo único en lo que podía pensar era en regresar a su habitación, abrir el último paquete y ponerse manos a la

obra. No tenía ningún deseo de pasar sus horas de asueto cortando árboles ni cualquier otra estupidez festiva.

Pero era Navidad. Y lady Helena había tenido la amabilidad de permitir que *Bertie* saliera del establo para alojarse en el calor y la seguridad de su hogar. ¿Tan horrible sería compartir aquel espíritu navideño? ¿Intentar, por una vez, ser algo más que invisible? Parecía una idea revolucionaria. Y peligrosa, según sus experiencias pasadas. Pero, con todas las miradas puestas en ella, no pudo hacer otra cosa que acceder.

—Gracias, señora. Estaré encantada de poder ser de utilidad.



Neville se inclinó sobre *Bertie*, que dormía, y lo observó con preocupación. El carlino seguía hecho un ovillo sobre la pila de sacos de pienso vacíos. No se había movido ni un centímetro desde que la señorita Hartwright se marchase de los establos y ya hacía más de una hora de aquello. De no haber sido por el borboteo apagado de sus ronquidos intermitentes, Neville bien habría pensado que el viejo can había fallecido.

La idea resultaba inquietante. Lo último que quería era tener que decirle a la señorita Hartwright que su carlino había muerto estando a su cuidado.

—Parece satisfecho.

Se oyó una voz profunda que llegaba desde la puerta de la sala de pienso. Neville alzó la cabeza y se encontró con Justin; respiró, aliviado de que no fuese un desconocido. Con tanta gente yendo y viniendo desde la abadía, nunca sabía a quién iba a encontrarse en un momento dado. Pero con Justin se sentía a salvo. Era su amigo, casi su hermano. Los dos se habían criado en el orfanato, junto con Tom Finchley y Alex Archer. Justin era el líder intrépido. Siempre había cuidado de él, lo había protegido. De no haber

sido por Justin..., en fin... A Neville no le gustaba pensar en lo que hubiera sido de él.

—Está dormido.

Justin pareció dudar.

—¿Estás seguro de que no está...?

Neville volvió a observar el abdomen de *Bertie*. Seguía bajando y subiendo, de forma muy leve, con cada suave ronquido.

—No lo está.

Justin se giró para salir de la sala de pienso.

—Aún no se lo has presentado a *Paul* y *Jonesy*, ¿verdad?

Neville lo siguió.

—Aún no.

Aquel día habían desterrado a los dos mastines a los establos. La última vez que los había visto, estaban durmiendo sobre un montón de paja en uno de los cubículos.

—Parece que los caballos están bien aseados, alguien los ha cepillado hasta sacarles brillo. Y veo que las monturas y las bridas están limpias y aceitadas. —Justin le dedicó una mirada divertida—. Has estado ocupado aquí fuera.

Neville mantuvo la boca cerrada. No iba a excusarse. Tampoco era que su amigo fuese a creerlo, lo conocía demasiado bien.

—Helena te esperaba en la abadía esta mañana. Y también después, cuando llegaron los parientes de Laura. —Se detuvo junto al cubículo en el que se encontraba su caballo, *Hiran*. El semental, de color castaño, asomó la cabeza por encima de la puerta para morderle una manga a su dueño—. No puedes esconderte aquí todas las Navidades.

—No me escondo. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Por nada. Desde luego, no cuando son solo Tom, Alex y las esposas de ambos quienes están en casa. Pero hoy han llegado dos nuevos huéspedes, la señora Bainbridge y el señor Hayes. Supongo que no puedo culparte por ser un poco reticente.

—No solo ellos.

Justin alzó las cejas.

—La señorita Hartwright —respondió Neville.

—¿La dama de compañía de la señora Bainbridge? —Justin rascó distraído el cuello de *Hiran*—. ¿Te ha hecho sentir incómodo de algún modo? No la veo capaz. Parece una joven retraída y desde luego inofensiva.

¿Retraída?

Justin era un hombre astuto, sagaz. ¿Retraída? ¿Acaso había perdido el juicio? ¿O, mejor dicho, el sentido de la vista?

—No es retraída —repuso Neville—. Es...

Era hermosa, eso era. Pero no lo admitiría, no ante él. No se trataba de que no confiase en su amigo, pero ahora estaba casado y era inevitable que se lo contara a su esposa, lady Helena. Y lady Helena se lo diría a su mejor amiga, Jenny Finchley, que después se lo confiaría a Tom. Y luego, de algún modo, llegaría a oídos de Alex y de Laura. Todo aquello resultaría en que Neville acabase pareciendo, aunque nadie tuviera esa intención, un idiota patético.

—¿Qué es? —insistió Justin.

Neville tensó la mandíbula.

—Nada.

En los ojos grises de su amigo apareció un brillo de comprensión.

—Ah.

A Neville le daba igual aquella mirada cómplice que parecía ser capaz de ver, y comprender, todo lo que sentía, todo lo que le pasaba por la cabeza.

—Discúlpame —se excusó Justin—. Desde que estoy casado soy incapaz de evaluar de modo adecuado la belleza de ninguna mujer excepto la de mi esposa. Pero tienes razón. Me he expresado mal. La señorita Hartwright no es retraída. —Hizo una pausa—. ¿Cuál es el problema? ¿Temes que haga algún comentario insensible sobre tu condición?, ¿que te trate mal?

—No importa.

—Está claro que sí. Pero hay una solución muy sencilla. Helena puede hablar con ella. O quizá Laura...

—¡No! —Neville reprimió un gruñido de frustración—. Ojalá... —Las palabras parecían ser tan densas como la melaza. E igual de lentas. Cuanto de peor humor estaba, más difícil le resultaba darles forma—. O-ojalá no hubiera dicho nada sobre... sobre ella.

Justin no hizo ningún comentario sobre cómo Neville había perdido la compostura. No de modo directo.

—Te he pedido demasiado este último año, ¿verdad? Primero, te viste obligado a acostumbrarte a la presencia de una mujer en la abadía. Después, Tom se casó con Jenny. Y la semana pasada Alex regresó a Devon recién casado junto a su esposa. Me temo que ha sido difícil para ti.

—No d-difícil. Solo...

—¿Viajar a Abbot's Holcombe no ha sido difícil? No fuiste capaz el año pasado, para mi boda. No puede haberte resultado fácil.

No lo había sido.

Situado a trece millas de la costa desde la abadía, Abbot's Holcombe se había convertido en un pueblo costero moderno. Pero dos décadas atrás había sido un lugar lúgubre y tormentoso, más conocido por su orfanato que por sus bonitos paisajes de costa. Neville había tenido la esperanza de no volver a ver aquel lugar. Se había negado a asistir a la boda de Justin, era cierto; una decisión cobarde de la que se arrepentía.

Cuando Alex llegó en tren la semana anterior, estaba decidido a no volver a cometer el mismo error. No podía negarse a recibir en la estación a su amigo de la infancia, el mismo amigo que le había salvado la vida el día en que sufrió el accidente. Al fin y al cabo, Abbot's Holcombe era un lugar como cualquier otro. No era una persona. Y, desde luego, no era responsable de las desgracias que le habían ocurrido.

Sin embargo..., al bajar del carruaje y acercarse al andén de la estación, la palma de las manos se le empezó a humedecer y el pulso se le aceleró a una velocidad alarmante.

—Tom y Jenny volverán para cenar esta noche —anunció Justin—. No insistiré en que te unas a nosotros. Solo quiero recordarte que este es tu hogar y que estás entre amigos. No te aísles aquí abajo. No sirve para nada.

—No lo hago. Solo...

—Sé que prefieres quedarte aquí, incluso en el mejor de los momentos, pero es Navidad. Y por fin estamos todos juntos. A nadie va a preocuparle la elocuencia de tu discurso.

Neville negó con la cabeza.

—No lo entiendes. No puedes.

—Ah, ¿no? ¿Crees que no sé lo que es que te miren con recelo?

—Sí, pero... —Neville ya apenas se fijaba en las quemaduras que su amigo tenía en la cara. Y, cuando lo hacía, no le resultaban llamativas. Eran un simple recuerdo de la valentía y la virtud de su amigo—. Tú eres un héroe.

Justin soltó un resoplido.

—A duras penas.

—Lady Helena lo dice...

—Claro que lady Helena lo dice. Es mi esposa. —Justin esbozó una sonrisa. Cualquier mención a su mujer servía para subirle el ánimo—. ¿Por qué iba a ser tu manera de hablar más repulsiva que mis quemaduras? Y mira al hermano de Laura. Está en una silla de ruedas, por el amor de Dios. Imagino que eso debe de ser un auténtico fastidio para un hombre tan joven como él. Y, sin embargo, aquí está. Entre extraños, nada menos.

Neville bajó la mirada hacia el suelo cubierto de paja de los establos. Sabía lo que Justin estaba intentando. Quería hacer que se sintiera mejor. Pero las dolencias propias no resultaban más fáciles de tolerar solo porque otro pobre muchacho estuviera en una situación peor.

Además, las dificultades en el habla no eran lo mismo que unas cicatrices de quemaduras o una silla de ruedas. El lenguaje era el núcleo de la humanidad de una persona, era lo que separaba al hombre de la bestia. Y que un hombre hecho y derecho tartamudeara y titubeara..., que se olvidara por completo de las palabras o las dejase escapar de golpe como un niño trastornado..., resultaba más que bochornoso. Era una deshonra.

—Últimamente pasas demasiado tiempo solo —dijo Justin—. Corres el riesgo de hundirte en la melancolía.

—No es cierto.

—No lo niegues. No a mí. Tengo experiencia de estar así. Sé reconocer las señales cuando las veo. —Justin le dio una palmadita en el hombro—. Vamos. Basta de compadecerte de ti mismo. Agarra tus cosas y a ese perro, y vuelve conmigo a la abadía.

Neville alzó la mirada.

—¿El carlino puede entrar en la casa?

—Por supuesto. Voy a despertar a *Paul* y *Jonesy*. Así haremos todas las presentaciones a la vez. Que Dios nos ayude.

Neville hizo una mueca.

—Que Dios ayude a los invitados.

Justin se mostraba impasible ante la posibilidad de que se produjera un caos canino.

—Parece que son gente con aguante. Un par de voraces mastines no va a hacer que regresen corriendo a la estación de tren. —El hombre hizo una pausa y añadió con indiferencia—: O eso espero.